Vestido de flores azules

Ángeles Díaz

Image not found.

Capítulo 1

Mis ojos se llenaban de ilusión cuando mis padres anunciaban que aquella tarde le haríamos una visita.

Al llegar a la puerta majestuosa de rejas antiguas, siempre abierta, ya presentía esa rara sensación de entrar en una historia fantástica y mi imaginación volaba. Nada más pasar el umbral, el paisaje se inundaba de la elegancia adinerada de aquella casa señorial convertida ahora en apartamentos privados, en la que no faltaba ni la escalera de mármol, la cual jugaba con el espacio alzándose coqueta y ondulándose para perderse entre las plantas de un verde chillón que esperaban arriba.

Mis seis años jugueteaban con aquel posamanos suavizado por las décadas, sintiéndome una verdadera princesa de cuento mientras miraba cada rincón del patio encolumnado que iba dejando atrás.

Antes de cruzar el pasillo angosto que conducía a su apartamento, observaba una vez más el cuadro de aquella entrada, perfecto para comenzar cualquier historia novelada.

Deslumbrada aún por aquella luz, me adentraba aprisa en el corredor negro que, con toda seguridad, contenía las mazmorras. Sólo me atrevía a mirar de reojo las dos puertas que dejaba a mi izquierda, pertenecientes a las dos celdas del castillo, y que querían engañarme aparentando ser dos habitaciones inofensivas. En una, se vislumbraba una mesa, sillas y cuadros, a modo de sala de espera tenebrosa en la que me imaginaba sentada intentando controlar mis temblores a la espera de mi castigo. En la otra había una cama y un armario grande de madera oscura, con las puertas labradas, y de cuya llave colgaba un pequeño borlón con flecos amarillos. Seguro que allí se escondían los guardianes de la casa, personajes desfigurados y tremendamente enfadados que querrían impedirme el paso, así que mi misión era cruzar aquella estancia cuanto antes. No había marcha atrás, tensaba todos mis músculos y salía corriendo hacia el umbral del fondo.

Después de aquel inevitable sufrimiento que iba implícito en cada visita, venía la calma. Un inmenso salón se abría a mis pies pequeños y recibía aliviada el saludo del suelo ajedrezado y la felicitación por mi osadía de parte de aquellos imponentes muebles de caoba. El techo, de un blanco impoluto, se alejaba de mí y me mostraba el vestigio de su gloria pasada

en forma de lámpara de araña con lágrimas de cristal.

Mi tía me esperaba al fondo, apoyada en un pequeño balconcito que custodiaba la belleza de un patio andaluz exquisitamente cuidado. Yo saltaba a sus brazos y me faltaba tiempo para acunarme en su sonrisa mientras miraba su pelo ralo y negrísimo, preguntándome por qué contrastaba tanto con las canas que a papá le adornaban ya las sienes, si ella era mayor...

Tras reírse por mi ímpetu y tranquilizar a mi madre que venía riñiéndome desde el pasillo, me decía al oído: "¿Quieres café?", a lo que yo contestaba: "Vale, pero sin canción". "Ah, entonces, no". Y así cumplíamos una vez más con nuestra contraseña de complicidad.

Los adultos nunca utilizaban el salón para sus encuentros. Obviando cualquier comodidad que su amplitud pudiera ofrecer, preferían apretujarse en una diminuta salita que había al fondo, alrededor de una mesa de camilla demasiado grande para el espacio disponible y situándose en sillas cuyo respaldo hacía adoptar una postura casi miliciana.

A mí aquella manía de los mayores de sufrir innecesariamente me venía muy bien, porque me obligaban a permanecer en el salón hasta nuevo aviso y así tenía la oportunidad de repasar todas y cada una de las abundantes figuritas de Lladró que exhibían sus vitrinas, escrutando los trajes de las bailarinas, las damas enamoradas y los caballeros ricamente vestidos, en espera de que aquella tarde, por fin, se produjera algún movimiento o me contaran qué historia había detrás de sus estáticas expresiones. Cuando me cansaba de mirar sin obtener resultado, me sentaba en los sillones o en el gran sofá, cuyo color no recuerdo, pero sí la luz oscura que lo envolvía.

Podía pasarme horas mirando cada detalle de cada adorno, dibujando el suelo, inventando aventuras protagonizadas por aquellas estatuillas suaves y brillantes o intentando averiguar cómo se las apañaba mi tía para limpiar aquella lámpara lejana.

Cuando por fin aparecía sonriendo por el escalón del fondo, sabía que comenzaba nuestro ratito de diversión.

La seguía dando saltitos y me dejaba impresionar de nuevo por la luz, que cambiaba del negro salón al blanco cocina sin vacilación.

Mientras ella llenaba y colocaba la cafetera en el hornillo, yo le contaba varias anécdotas del cole; contestaba sus dudas con mi opinión sobre esto o lo otro, lo que, sin saber muy bien por qué, provocaba en ella una risa escandalosa; me impregnaba del olor a café recién hecho y, por fin, le cantaba su canción preferida: "Eran dos patitos que venían por el agua…". Entonces, satisfecha, se acercaba a los labios una cucharilla colmada de

aquel líquido negro como su pelo negro, le daba a su boca la forma de un beso, soplaba suavemente y me la ofrecía con cuidado.